



AÑO IV

← BARCELONA 20 DE ABRIL DE 1885 →

NÚM. 173

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DON EUGENIO SELLÉS, aplaudido autor dramático

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—DON EUGENIO SELLÉS, por don Manuel Cañete.—NUESTROS GRABADOS.—SOLITA (continuación), por don Enrique Pérez Escrich.—LOS MARES, por don A. A.
 GRABADOS: DON EUGENIO SELLÉS, aplaudido autor dramático.—LAS JOVAS DE LA NOVIA, cuadro por G. Schachinger.—ALDEANA DEL VALLE DE MUIHLBACH, cuadro por W. Hosemann.—AL SALIR DE LA IGLESIA.—UN RECUERDO DE ROMA, dibujo por Marqués.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: CONSULTANDO EL ORÁCULO, cuadro por J. W. Waterhouse.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

La primavera no quiere toros.—Los dioses mayores.—El Circo de Price.—Lo Prohibido.—El rey de los novelistas españoles.—Prólogo de combate.—Los dramas de Sardou.—El nuevo ayuntamiento.—Madrid en el siglo XX.

Nublado y bochornoso el cielo, por el que se paseaba el Dios de las tormentas, servía de dosel ceniciento al círculo de la Plaza de Toros, donde hormigueaba la muchedumbre.

Desde la barrera ó la alta grada, dando vueltas en inquieta espiral, subía aquel cordón de cabezas y sombreros, agitado, ruidoso, lleno de bocas que blasfemaban, decían chistes, soltaban chorro procaz de dicterios, en que la autoridad presidencial, la destreza de los lidiadores, los acontecimientos de la política y el honor de las mujeres asomadas á los palcos, igualmente se deshacían y desmenuzaban. Era una de esas tardes en que la Plaza de Toros sirve de teatro á un doble drama, pues mientras abajo, en la arena, luchan la res y el diestro, arriba, en las nubes, luchan la tormenta y la serenidad; y así como el cuerno hiere la capa y saca de ella flameantes jirones, el viento hiere la nube y la desgarrá, y la discamina y la trueca en plumazon de pájaros negros que flota en el aire y se aleja. Tarde en que llegan los cocheros á las puertas del circo con el impermeable colgado en los recios hombros, y las damas esconden la flor de seda y encaje de sus vestidos bajo el cáliz del abrigo y del pañuelo.

La presentación de *Lagartijo* y *Frasquito* juntos en la plaza de Madrid, da doble interés á las corridas. Son los dos dioses del olimpo taumático, donde viven las sombras de Romero y Costillares. El que no comprenda estas cosas que se retire. Vivimos en España.

* *

La apertura del Circo de Price hace de actualidad las piernas de las *ecuyeres*, la faz enharinada del *down*, la sabiduría de los caballos que dan vueltas como los del Tío Vivo, y los uniformes galonados de los lacayos del Coliseo neo-pagano.

En el Circo de Price la *ecuyere* es lo que la tiple en la ópera. Representa el papel de la beldad perseguida por el amor importuno del payaso.

El Hércules que levanta diez arrobas á pulso, es lo que el *barba* en el drama. Carácter serio y fiero.

El que galopa sobre un potro bravo, luciendo sus formas de correctísimo Apolo, es el galán de la comedia.

Y tal vez hay allí la raíz de un melodrama, en aquellos niños, que en la edad en que más necesitan caricias, reciben la educación acrobática entre golpes por la mañana y aplausos por la noche.

* *

Galdós ha publicado otra novela, *Lo Prohibido*.

Todas las obras de Galdós tienen el sello especialísimo de su manera de hacer, y se destaca de sus páginas hermosas su personalidad literaria con relieve que asombra.

Dentro de la novela contemporánea, que no está ya en sus comienzos de renacimiento, sino en camino de ser lo que debe, hay que dar á Galdós lugar preeminente. Él rompió valientemente lo que ha dado en llamarse *molde antiguo*, y ciertamente este molde era ya sobrado frágil de paredes para contener la moderna materia fundible.

El último jiron de la novela romántica acabó de deshilacharse ante *Marianela* y *Doña Perfecta*, y el camino emprendido tiene ya estaciones tan hermosas cuantas son las obras de Galdós.

Lo Prohibido es el amor adúltero; cómo sale de la pluma de Galdós este desborde del amor, es lo que no puede decirse á menos de robar á la pluma del maestro los giros inimitables y á su paleta el color firme y deslumbrante con que hace sus libros.

Lo Prohibido de Galdós debía ser lo único *permitido* en la región del arte.

* *

Pasemos á otro libro que, aunque en diverso ambiente, ha producido gran sensación.

Sellés llevó *La vida pública* al teatro, y el público, juez inapelable, la juzgó una equivocación del autor. Pero para Sellés aquel juicio, si respetable, no es de los que no admiten recurso de casación, y al hacer la primera edición de *La vida pública*, la ha hecho preceder de un prólogo hermosísimo, que es á la vez justificación de su obra y condenación de ciertas meticulosidades.

Sellés se asombra, y con razón, de que su obra no haya logrado infiltrar en el público el convencimiento de que los grandes males sociales necesitan cauterios energéticos. Se extiende en consideraciones históricas que presenta con incontrastable lógica. Padres que desconocen á sus hijos... hermanos que son Cañes degenerados... ¿no está

todo esto en la historia? Sí, seguramente. Pues si el hecho se repite como una lepra hereditaria en la raza humana, precisamente á causa de esa manía autoritaria que lleva á los menos detrás del dominio de los más, lo que constituye la *vida pública*, ¿por qué asustarse de que un hijo prescindiera de la compañía de su padre para aceptar una cartera?

Esto deplora Sellés en el *Prólogo*, y en puridad hay que darle la razón, porque ¿cuántas representaciones á lo vivo de *La vida pública* se dan en toda España á cada elección general de diputados?

Considerado el *Prólogo* como obra literaria, es una maravilla de estilo, algo como una escultura de acero de líneas enérgicas, que se recortase artística y valiente sobre el azulado fondo del cielo.

* *

En la Comedia ha inaugurado la compañía italiana la temporada de primavera.

Hasta ahora ha ocupado el escenario de la calle del Príncipe, Victoriano Sardou con *Fédora* y *Odette*, dos de sus mejores dramas.

Fédora es el drama de la presente generación. Hay en él escenas de sorprendente realismo, fuera del convencionalismo de talco de la antigua escuela. Es el corazón humano que Sardou toma en sus manos habilísimas, y que abre delante del espectador diciéndole: ¡mira!

Y el espectador le ve latir, y encogerse, y vibrar bajo la influencia del motor primordial de las humanas acciones: del amor.

El empuje de las situaciones no permite fijarse en alguna inverosimilitud, que Sardou no corrige á pesar de su probada experiencia en estos achaques, pero que la crítica no puede pasar en silencio.

Esto no obstante, el drama *resulta*, y como todo lo que se pinta con la verdad es humano, Sardou se apodera del espectador como acaso ningún otro autor dramático, incluso Dumas, lo han hecho.

Mucho contribuye el *amor* con que la compañía, con ser inferior á otras anteriores, estudia las obras, con lo que resulta un conjunto á que no nos tienen acostumbrados nuestros actores, salvo contadas excepciones.

* *

El nuevo ayuntamiento de real orden ha tomado el asunto de la urbanización en serio.

Este es un fenómeno natural y corriente; todo el que llega al Capitolio concejil lleva plétora de deseos inmejorables, que luego se van templando hasta convertirse en aspiraciones platónicas que no hacen daño, ni lo que es peor, provecho á nadie.

Entre aquellos proyectos está el de la urbanización del barrio novísimo de San Jerónimo el Real y calle de Alfonso XII, pero seguramente el nuevo alcalde trazará sus líneas como si el tiempo, en vez de avanzar, retrocediese, y caminásemos hácia los tiempos de Esquilache y no á los de la luz eléctrica y el progreso.

Así es que en todos estos proyectos no se tiene en cuenta que Madrid contará dentro de veinte años quizá con un millón de habitantes, y se trazan las nuevas vías estrechas. Madrid necesita calles anchas, porque más tarde han de llenarse con carruajes que trasporten una población doble en número y acaso en actividad que la actual.

Es preciso que empecemos á pensar los madrileños en hacer el Madrid del siglo XX. Porque nos exponemos á que dentro de poco nuestros nietos tengan que andar por los tejados y fundar sus domicilios en los árboles.

J. ORTEGA MUNILLA

DON EUGENIO SELLÉS,

APLAUDIDO AUTOR DRAMÁTICO

Entre los ingenios llamados hoy á reemplazar al brillante grupo de aquellos que hará cosa de medio siglo despertaron en nuestro país á las patrias musas y devolvieron su antiguo ser al glorioso Teatro español (abatido y desnaturalizado en tal época, por haberse olvidado de sí propio reduciéndose á imitar ó reproducir las amañadas creaciones del seudo clasicismo transpirenaico), don Eugenio Sellés ocupa muy preferente lugar.

Hijo de D. Pedro Sellés, magistrado de la Audiencia de Granada, y de la señora doña Francisca Ángel, nuestro poeta vino á luz el día 4 de abril de 1844 en la morisca ciudad que riega el *manso río de las arenas doradas*. En aquel abreviado paraíso cuna de tantos egregios varones, desde el *eximio doctor* Francisco Suárez, luz de la filosofía, hasta hombres de prendas y méritos tan excelentes como los hermanos D. Aureliano y D. Luis Fernández-Guerra, corrió la pacífica niñez del que da margen á estas líneas. Allí recibió de sus amorosos padres los primeros rudimentos de una esmerada educación; y cuando ya estuvo en edad de emprender *estudios menores*, según entonces se nombraban, le matricularon en el Colegio Real de San Bartolomé y Santiago, donde habían hecho también parte de su carrera escritores y repúblicos tan famosos como el autor del *El tipo*.

La constante movilidad en que han vivido en España desde los albores del régimen parlamentario los empleados de todas clases y categorías llevó á los padres de Sellés de Granada á Zaragoza, y desde allí á otras varias capitales, obligando al joven Eugenio á seguir el curso de sus estudios en diversas poblaciones. Al cabo recibió en

nuestra Universidad Central, á la edad de veinte años, el grado de licenciado en Jurisprudencia. Poco después se matriculó en el Colegio de abogados de Burgos, donde se consagró asiduamente á la práctica de tan honrosa profesión.

Nombrado más adelante Promotor fiscal, ejerció este cargo en un juzgado de Extremadura; pero no aviniéndose bien las tareas de esa índole con su natural vocación ni con sus juveniles aspiraciones, se trasladó á Madrid en 1869 para dedicarse al periodismo. Aquel mismo año entró á formar parte de la redacción de *La Iberia*; dirigió en 1870 el periódico democrático titulado *La Revolución*, y posteriormente ocupó la plaza de redactor jefe de *El Universal*, diario cuya dirección desempeñaba D. Eduardo Asquerino. Sus escritos en la prensa, particularmente los que dió á luz en el último de los citados periódicos, le adquirieron gran predicamento entre los políticos de sus mismas opiniones, y le valieron el ser nombrado gobernador de provincia cuando sólo contaba veintiseis años de edad. Esto, que en cierto modo abona la virilidad de su talento, es al par testimonio elocuentísimo de su buena estrella, y de que no anduvo despacio al subir, ni tropezó con la mala fortuna que destruye en flor tanta ilusión y esperanza de la juventud.

Adherido al bando radical, su permanencia en el cargo de gobernador fué tan efímera como las situaciones creadas ó sostenidas por ese partido, ya desde el año 70 al 72, ya durante el 74. Cuando la revolución de 1868, que al comenzar había deslumbrado á muchas gentes con galanas promesas, cayó al terminar ese mismo año 74 abrumada bajo el peso de sus errores y desvarios; cuando España entera saludó con transportes de júbilo la restauración de la Monarquía legítima, realizada sin que fuera necesario para conseguirlo disparar un tiro ni derramar una lágrima, Sellés se retiró de la vida pública ú oficial y se entregó de nuevo á las tareas periodísticas. En los dos primeros años del reinado de D. Alfonso XII, el afamado ingenio de que se trata escribió y publicó multitud de artículos en *La Nueva Prensa*, en *El Pueblo* y en *La Tribuna*, diarios todos consagrados á defender los principios democráticos, y entró á colaborar en *El Imparcial* y *El Globo*. En este último dió á luz, entre varios escritos de diversa índole, y con el título de *La política de capa y espada*, una larga serie de artículos que reunió al fin en un volumen de cerca de quinientas páginas. No puedo hablar aquí de esa obra, de la que algunos hacen grandes elogios, porque según parece está agotada la edición y no me ha sido posible encontrarla.

Á juzgar por lo que hemos visto, ni el ejercicio de la abogacía, ni la carrera judicial, ni la administrativa, ni la fatigosa del periodismo, llena de zozobras é inquietudes y en la cual, no obstante, es dado al que escribe para el público proporcionar mayor expansión y desahogo á sus propios sentimientos é ideas y realizar con más eficacia lo que exigen los estímulos de la ambición (que entre nosotros subyuga é inferna hoy el alma de muchos hasta en el abril de la existencia), consiguieron realizar las geniales aspiraciones de Sellés. Nacido bajo el sol ardiente de Andalucía, en la encantadora ciudad reclinada sobre las riuñenas márgenes del Genil y el Dauro en quien la Sierra Nevada se mira como en un espejo; arrullado desde la niñez por el atractivo seductor de las leyendas y tradiciones fantásticas que brotan donde quiera en aquel último baluarte de la morisma; exaltado el ánimo desde un principio, merced á la inmediata y frecuente contemplación de prodigiosos monumentos arábigos ó cristianos henchidos de memorables recuerdos; dotado, en fin, de facultades poéticas, harto vivaces en los hijos de aquella privilegiada región, Sellés volvió los ojos al campo de la gloria genuinamente literaria y empezó á esforzarse por conseguirla en el teatro, terreno donde los ingenios españoles han cosechado más laureles.

Dando, pues, rienda libre á la inspiración, en 1877 logró el deseo que acariciaba de ver una obra suya en escena, gracias á la eficaz influencia de otro autor famoso, de D. José de Echegaray, de quien se confiesa ostensiblemente discípulo, y al que rinde en la dedicatoria de su primera producción dramática público tributo de admiración y gratitud. En efecto, la noche del 21 de abril del dicho año 77 se estrenó en el Teatro Español *La Torre de Talavera*, drama histórico en un acto y en verso original del poeta granadino. El público asistente á la representación acogió el poema con muy fervorosas demostraciones de aprecio. ¿Era digno el drama histórico de Sellés de acogida tan lisonjera? Téngolo por indudable. Prescindiendo de que la primera obra de un autor joven reclama siempre cierta benévola consideración de parte del auditorio llamado á juzgarla, fuera injusto desconocer que *La Torre de Talavera* tiene bellezas merecedoras de aplauso, y que lo habrían conseguido aunque no se hubiese tenido en cuenta semejante circunstancia. Cuadro de reducidas dimensiones, esa interesante producción desenvuelve, no obstante, con la necesaria amplitud una acción trágica, dibuja caracteres que en lo esencial se hallan de acuerdo con lo que dice la historia, bien que alguno, como el de la *Reina viuda* de Alfonso undécimo, resulte muy recargado de negros colores. En cambio el de *doña Leonor de Guzman* despierta viva simpatía y abunda en rasgos delicados propios del corazón maternal. La obra, escrita en armonía con el espíritu de la tradición romántica, está dialogada con naturalidad y soltura, en versos por lo común correctos y bien contruidos, sin que todavía se manifieste inclinado el autor á usar ó abusar del estilo enfático y exageradamente sentencioso. Si á esto se añade que el difícil papel de *doña Leonor* estuvo á cargo de Elisa Bol-

dún, que lo interpretó a maravilla, se comprenderá que fuese tan brillante el éxito de *La Torre de Talavera*.

Gracias al innegable talento y feliz inspiración que se descubren en esa obra, nuestro ingenioso granadino entró con buen pie en el ocasionado terreno de la literatura dramática. Los aplausos que obtuvo en las numerosas representaciones de su primer ensayo le animaron a seguir la marcha emprendida por sendero tan escabroso, menos dispuesto a dejarse guiar del espontáneo impulso de su fantasía, que propicio a seguir las huellas de su favorecedor, amigo y maestro Echegaray, el cual era entonces como ídolo del público, y todavía sigue avasallando el teatro y deslumbrando a la juventud con el fulgor de repetidos triunfos escénicos. Ese prurito imitador, y aquel otro, más nocivo aún, llamado a someter la libertad creadora del ingenio (que tratándose de piezas representables debiera únicamente nutrirse en atenta observación, en profundo estudio del hombre y de la sociedad) a las despóticas exigencias de un espíritu revolucionario empeñado en modelarlo todo a imagen y semejanza de sus fanáticas aspiraciones (como si el arte fuera sólo medio servil de propaganda subordinado al egoísmo de determinadas sectas o banderías), contribuyeron mucho desde luego a separar de su propio y genuino cauce la inspiración dramática de Sellés.

Testigo es de ello la segunda obra que dió al teatro, titulada *Maldades que son justicias*.

Este drama histórico, en tres actos y en verso, se representó por primera vez en el antiguo coliseo de la calle del Príncipe la noche del 18 de marzo de 1878, hallándose encargados de interpretar sus mejores papeles dos artistas de tanto mérito como Valero y Vico. El éxito no correspondió al anhelo del autor ni a las esperanzas de sus amigos y allegados, los cuales no habían escatimado elogios previos a las perfecciones del drama. ¿Por qué? Porque Sellés hubo de tener presente al concebirlo y aderezarlo, más que la verdad histórica del asunto, y la realidad humana de los caracteres, y el interés de la acción, el deseo de patentizar que ni en sus creaciones escénicas se olvidaba de hacer aborrecibles a reyes y cortesanos, fiel a las ideas o tendencias políticas a que había rendido y seguía rindiendo culto. Semejante modo de proceder, comprensible y hasta disculpable en el hombre de partido, como fruto de sus convicciones, habla menos favorablemente del cultivador de la dramática, de su amor a la pura belleza artística, de su manera de comprender ó apreciar la índole y carácter propios del poema escénico.

Falta en *Maldades que son justicias* lo más esencial en esta clase de obras: claridad en el desarrollo de la fábula, y algún elemento eficaz para conmovernos é interesarnos. La nulidad de un Rey devoto que no aparece en la escena, pero que interviene indirectamente en la mayor parte de las situaciones; las artimañas de un Cardenal; Ministro de ese Rey, que se esfuerza por tenerle supeditado para ejercer en su nombre la soberanía; las intrigas de un Duque, hijo del Cardenal, para sustituir á su padre en la privanza del Monarca y apoderarse del puesto que él ocupa; las de un fraile Confesor del Rey y un Conde favorito del Duque, á quien no obstante procura engañar, abriendo camino para suplantarlo el día que llegue al mando por que se afana, son materia poco á propósito para engendrar en el espectador el interés que nace de la verdadera emoción estética, y menos á propósito aún cuando todos esos intrigantes de mala estofa están vaciados en el propio molde, y los demás personajes del drama carecen del vigor é importancia necesarios para formar contraste con ellos y producir la belleza del claroscuro.

Los recursos á que apela Sellés para entretejer el argumento, que por lo común parecen tan temerosos y decisivos á los principales personajes del drama, no abonan mucho la penetración de los áulicos del Rey Felipe III; los cuales, queriendo proceder como perspicaces y astutos, obran en *Maldades que son justicias* con tal candidez ó torpeza, que siempre dicen lo que les importa ocultar, de modo y en sazón que pueda oírlo quien más les conviniera que no se enterase. Y cuenta que se trata de hombres tan conocedores del mundo, tan redomados, tan diestros en fraguar intrigas como los Duques de Lerma y de Uceda, el confesor Aliaga, y el que fué después Conde Duque de Olivares. El hecho que sirve de fundamento á la acción es indudablemente histórico; sin embargo, la manera de presentarlo y el modo de pintar los referidos personajes no concuerdan con lo que estos fueron, ni con el genio y carácter de aquella época. Por lo demás, hay en la obra situaciones bien imaginadas, y una versificación fácil, gallarda, numerosa y nutrida, pero en la cual se dejan ya ver conatos de buscar efectos recargando el estilo de imágenes y sentencias.

Del semi-fracaso de esta producción, briosamente defendida por los amigos del poeta y por los periódicos de sus opiniones, tomó Sellés brillante desquite aquel propio año con el triunfo que *El nudo gordiano* le alcanzó el 28 de noviembre en el Teatro de Apolo.

Al dejarse llevar de sus ideas políticas y de sus propensiones democráticas, sacrificándoles en *Maldades que son justicias* parte de la consideración que el autor dramático debe ante todo, por no decir exclusivamente, á los privativos fueros del arte, Sellés derrochó sin fruto el caudal de poesía contenido en aquel poema, é incurrió en equivocación muy deplorable, con menoscabo de la propia fama. Así debió comprenderlo él mismo, pues en sus obras posteriores le vemos separarse de sendero tan escabroso, buscar savia inspiradora en los campos de la que pudiera llamarse *filosofía social*. En ellos engendró *El nudo gordiano*, drama dividido también en tres actos y es-

crita en verso como el anterior. El éxito extraordinario de ese drama puede admitirse en este caso por valedera manifestación de que el engendro salió bien y de que tuvo buena fortuna.

No hay que detenerse á examinar aquí una obra que todo el mundo conoce, y en la cual estriba principalmente la celebridad del autor. Aun descartando de los encarecimientos que se hicieron á raíz de la primera representación las naturales exageraciones de la amistad y las menos generosas del espíritu de partido; aun no estimándola tan perfecta ó excepcional como la juzgan sus encomiadores; aun fijándose en los defectos que la deslustran, que son graves, sobre todo en lo que toca al pensamiento fundamental y á la combinación de la fábula, la crítica más severa no podrá menos de convenir en que hay en ella grandes aciertos, en que á veces logra conmover é interesar con rasgos de sentimiento y de pasión verdaderamente dignos de aplauso. El que logró en casi todos los teatros de España, si por una parte sublimaba el nombre del poeta, dándole asiento entre los mejores dramaturgos del día, por otra le obligaba á mucho en lo sucesivo y le imponía muy arduos deberes.

Desde el triunfo que le proporcionó *El nudo gordiano*, con el cual vino á realizar las esperanzas que hizo concebir *La Torre de Talavera*, Sellés no ha vuelto á obtener ningún otro de la misma índole, aunque posee las facultades y los medios necesarios para conseguirlos. Eso es hasta cierto punto claro indicio de que al componer sus posteriores obras se ha extraviado en sendas erizadas de malezas y abrojos, por las que nunca ó rarísima vez se logra llegar al florido huerto donde reside la inmaculada belleza artística. Desentendiéndose casi por completo de los dejos ó resabios políticos que tanto perjudicaron á la concepción y desarrollo (y por consiguiente el éxito) de *Maldades que son justicias*, Sellés volvió los ojos, según ya he dicho, al campo de la filosofía social y buscó en él la simiente de sus nuevos dramas. Esta circunstancia bastaría por sí sola para evidenciar su buen instinto de autor dramático. En ese dilatado campo, más tal vez que en otro ninguno, puede hoy el poeta encontrar elementos verdaderos, humanos, y al par eminentemente artísticos, de inmediata y fructuosa aplicación á las virtudes ó vicios, á los errores ó excelencias del tiempo en que vive. Con ellos puede trazar cuadros poéticos cuya viva realidad interese y conmueva á los espectadores, suministrándoles sin pedantesco dogmatismo, extraño á la peculiar naturaleza del poema representable, sana y provechosa enseñanza. ¿Lo ha hecho así Sellés en los cuatro dramas que ha escrito después de *El nudo gordiano*? Siento mucho no poder dar á esta pregunta contestación tan satisfactoria como fuera de apetecer.

Esos cuatro dramas en los cuales aparece el autor, acaso sin percibirlo ni hacer alto en ello, preocupado con la idea de emular á Echegaray ó de seguir ahincadamente el impulso de una escuela extraña y desvariada, que algunos de sus amigos y cofrades procuran entronizar en nuestro país, se estrenaron por el orden y en las fechas siguientes:

El cielo ó el suelo, en el Teatro Español hacia enero de 1880;

Las esculturas de carne, en el Teatro de Apolo el 1.º de febrero de 1883;

Las vengadoras, en el Teatro de la Comedia el 10 de enero de 1884;

La vida pública, en el mismo Teatro de la Comedia el 6 del pasado marzo.

Divididos en tres actos, escritos en verso los dos primeros y en prosa los dos últimos, adolecen, cuál por una causa, cuál por otra, de vicios esenciales que difícilmente hubieran podido salvarlos del naufragio (más ó menos contrarrestado en los estrenos) que todos ellos han padecido.

Del drama que siguió inmediatamente á *El nudo gordiano* decía el malogrado Revilla, crítico de mucho talento y gran admirador de Sellés: «La representación de *El cielo ó el suelo* ha demostrado nuevamente los graves peligros que entraña lo que llamamos drama docente, trascendental ó de tesis...—La empresa de concertar en armónica síntesis la idea del pensador y la creación del poeta, el drama palpitante de la realidad y la filosófica abstracción, lo real y lo ideal, la idea y el hecho, la acción y el problema, ofrece extraordinarias dificultades; y no es caso extraño, sino frecuente, que alguno de los elementos que componen la concepción prepondera sobre el otro, y el drama mate la tesis ó la tesis el drama, trocándose éste de vivo cuadro de la realidad, en juego artificioso de ajedrez en que los personajes son figuras movidas por la mano del poeta y no por los impulsos de sus pasiones ó la fuerza de los hechos...—En el caso presente la tesis ha preponderado sobre el drama, y éste ha quedado suprimido desde el principio. Figuras sin realidad ni vida, personificaciones abstractas, entidades sin alma han sustituido á los personajes reales y verdaderos que deben moverse en la escena.» Á juicio de Revilla el problema que Sellés plantea en esa obra había sido planteado ya con notable ingenio por Echegaray en su célebre drama *Ó locura ó santidad*. Esta es una de las razones por qué echa de ménos en el del poeta granadino *originalidad* y *oportunidad*, encontrándolo también (lo cual prueba con argumentos incontestables) en completa discordancia con las condiciones propias de la vida real.

Conforme de todo punto con observaciones tan exactas y tan discretas, réstame añadir lo que opino acerca de *Las esculturas de carne*, *Las vengadoras* y *La vida pública*.

¡Cosa singular! Cuando procede Sellés de un modo más

directo según su natural impulso, deja siempre ver que piensa con cierta elevación, que conoce bien lo que debe al arte y el fin á que ha de dirigirse en estos tiempos el poema dramático. Pero cuando llega la hora de dar cuerpo y vida á los excelentes pensamientos que concibe, los cuales pudieran desarrollarse de un modo tan eficaz y loable, acrecentando y perpetuando la fama del poeta, se atraviesa alguna consideración extraña para torcer el rumbo de su genial inspiración, desvirtuándola, enpequeñeciéndola, separándola del camino del acierto. Eso es precisamente lo que ha debido sucederle al componer sus tres últimos dramas.

El pensamiento fundamental de cada cual de ellos se prestaba sin duda á trazar cuadros, no sólo llenos de animación y de verdad, sino fecundos en provechosa enseñanza.

Pintar con vivos colores los desastres que puede causar en el seno de las familias el refinado egoísmo de aquellos hombres que sacrifican á su bienestar ó á sus caprichos hasta las más altas consideraciones y los más santos deberes, y eso en época en que el egoísmo ha llegado á convertirse en una especie de plaga, claro está que hubiera podido dar margen á una fábula de sumo interés. Sin embargo, el drama titulado *Las esculturas de carne* está muy lejos de producirlo, antes bien repugna ó hasta, porque se aparta de la verdadera realidad humana por ciego espíritu de mal entendido *realismo*, porque sofoca en pormenores impropios de tan noble idea el atractivo y encanto de su hermosura.

Poner ante los ojos de esta sociedad (donde la corrupción se difunde más cada día y toma á veces gigantescas proporciones) que la manceba del hombre casado es comúnmente *vengadora* de la mujer propia olvidada, maltratada ó abandonada por su marido, es á todas luces pensamiento dramático muy feliz, tanto por el contraste de pasiones y caracteres que entraña, como por lo saludable y ejemplar. Sellés, que ha demostrado en concebirlo la virilidad de su ingenio, lo ha desarrollado en *Las vengadoras* de modo tan repulsivo, tan contrario al sano fin á que lo encamina, que apenas se comprende tan lamentable ofuscación.

Ni resulta menos palmaria la que le ha embargado al desenvolverse en *La vida pública*, por medios igualmente aborrecibles, otra idea también saludable en el fondo, como todo lo que propende á mejorar las costumbres ó á corregir vicios sociales arraigados en el alma de la multitud.

Sellés (cuyo retrato ilustra el presente número) conoce que ese es uno de los más augustos deberes del poeta escénico, por lo mismo que su principal objeto consiste en *realizar belleza* y que ésta ejerce en el sér humano y sensible soberano poderío. Sellés, no obstante, se ha equivocado de medio á medio en los resortes puestos en juego últimamente para conseguir fin tan glorioso, arrastrado por el fanatismo de escuela y por la desvariada crítica cuya ignorancia ó locura le induce á engolfarse más cada vez en las cenagosas corrientes de una moda extraña que no podrá ménos de ser efímera y transitoria. Ojalá se convezna pronto nuestro afamado dramaturgo del lastimoso error en que vive, y apartándose del extraviado sendero donde malogra sus dotes literarias, sus facultades poéticas y su buen instinto dramático, los consagre en adelante á producir obras que glorifiquen su nombre y que sean al par ornamento de la patria.

MANUEL CAÑETE

NUESTROS GRABADOS

LAS JOYAS DE LA NOVIA,
cuadro por G. Schachinger

Educóse la niña en el interior de un castillo sombrío; no conoció del mundo sino los odios que los hombres se profesaban entre sí, ni tuvo más idea de la familia sino que su padre era un señor muy dado á coger jabalíes y hombres indistintamente, cuyas largas ausencias costaban muchas lágrimas á cierta dama, entre esposa y viuda, á quien llamaba madre. Esta, por su parte, la había enseñado á bordar toscamente la banda que se conquistaba al precio de la sangre ajena; á seguir los rezos del capellán del castillo, que delectaba un latín que no entendía, y á suspirar por un mundo forjado en la mente del trovador errante, que mezclaba de una manera informe las consejas del fatalismo pagano, del idealismo germánico y de las violencias feudales.

De pronto se conduce gravemente á esa jóven á una estancia tan suntuosa como fría: encima de un arcon, modelo de la paciencia de su autor, hay algo que oculta un velo blanco, un velo de un uso desconocido para la jóven. La austera madre procura hacer asomar á sus labios algo que parezca una sonrisa, levanta la punta del velo, y deja al descubierto una corona de piedras preciosas y un ramo de azahares y margaritas. La niña sabe lo que aquello significa; pero ni lo comprende ni lo siente.

Algún tiempo después la lleva al altar un hombre á quien apenas conoce: de él sabe apenas que se casa para poner término á rivalidades añejas, ó para armar fuerzas que, juntas, se impongan á un vecino poderoso, quizás al monarca mismo...

¿Querrán Vds. decirme qué clase de fruto ha de producir un enlace de esta naturaleza?

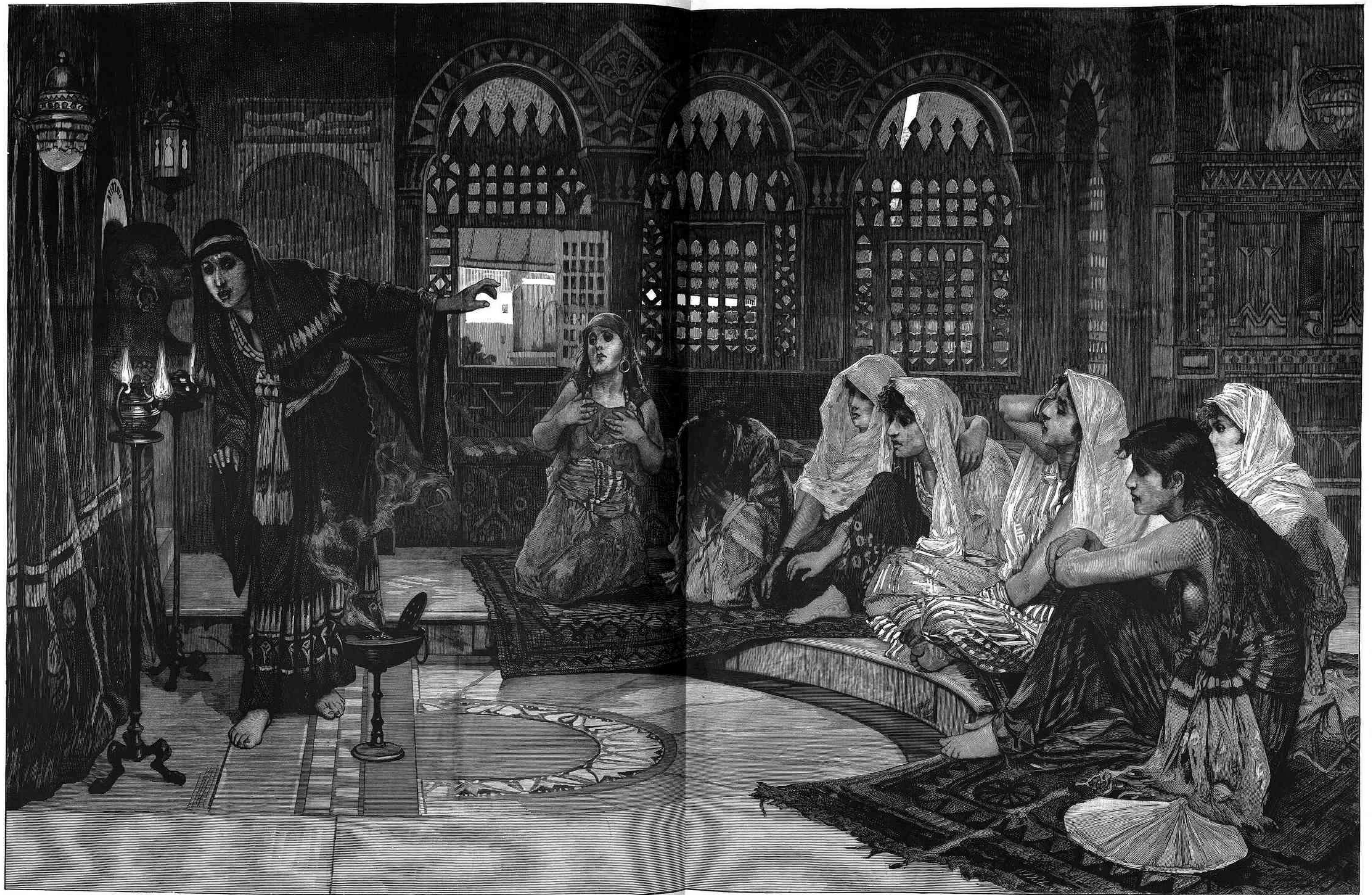
ALDEANA DEL VALLE DE MUHLBACH,
cuadro por W. Hosemann

El viajero que tiene el buen gusto de recorrer los



LAS JOYAS DE LA NOVIA, cuadro por G. Schachinger

*Jab. Schachinger
München 1873*



CONSULTANDO EL ORÁCULO, CUADRO POR J. W. WATERHOUSE



ALDEANA DEL VALLE DE MUHLBACH, cuadro por W. Hosemann

Vorgos meridionales, en donde el cuadro de una naturaleza imponente y la idílica sencillez de la mayoría de los habitantes, compensan la ausencia de espectáculos fastuosos y de espléndidas fiestas, á que se entregan los que dicen aprovechar el verano para *descansar* de las fatigas del invierno; al salir de Munster por el valle de Fecht, despues de pasar por Luttenbach y Breitenbach llega á Muhlbach, deliciosa aldea, situada en el no menos delicioso valle de su nombre. Una vez en este sitio, no es difícil llame su atencion una jóven de perfil delicado, de mirada dulce, de continente modesto, tan modesto que hasta infunde respeto al libertino; vestida con un traje típico, anticuado, tradicional; inclinada sobre el producto de los campos, que cosecha resignadamente y entonando, al par, uno de esos cánticos, monótonos y melancólicos, que popularizó la reforma de Lutero.

Esa jóven es la hija del valle de Muhlbach, la sencilla aldeana para quien la Selva Negra cierra el horizonte del mundo como el mar lo cerraba á los ojos de los hombres de otros tiempos; la inocente criatura que vive exclusivamente de las obras de Dios y admira y bendice á Dios en sus obras. Ese es el tipo que con fidelidad y buen talento ha reproducido Hosemann, imprimiendo al semblante de la jóven cierto tinte característico, cierta beatífica expresion, que viene á constituir como la esencia de un pueblo, de una sociedad pura de contagio con razas extrañas, bien así como las amapolas de los campos son flores que se nos figura permanecen cual salieron de la mano de Dios.

Añádase á esto que el famoso *Brend'amour* ha tomado por su cuenta grabar ese tipo con esa maestría especial que hace del grabado un arte bello y no un mecanismo industrial, y se comprenderá la importancia que damos al dibujo y al grabado que publicamos en el presente número.

AL SALIR DE LA IGLESIA

Tiene esta composicion cierta tranquilidad embelesadora: diríase que esas viejas encinas infunden respeto y que, cruzando por debajo de esa arcada de ramas, puede uno entrar en el presbiterio perfectamente dispuesto para la elevacion del alma á Dios, como si el mundo estuviera lejos, muy lejos, del que, en aquel bendito interior, eleva su pensamiento al cielo en las místicas alas de la oracion.

UN RECUERDO DE ROMA, dibujo por Marqués

Supongamos que ese bello dibujo se publica sin título ó epígrafe, es decir, que nuestros queridos favorecedores ignoran que esa vista es un apunte de la *Ciudad Eterna*.

Cualquiera ha de creer que ese callejon inmundo y vetusto forma parte de una aldea de mala muerte. Tan triste y miserable es su aspecto.

Pues eso es Roma, la ciudad de los Césares, la metrópoli de la vía Appia que tenia panteones como palacios y palacios como ciudades; la Roma del Foro á donde acudia Ciceron con sus clientes; la Roma del Capitolio que remontaban los triunfadores, á cuyo carro iban sujetos reyes encadenados, cual si fueran comparsas de un espectáculo teatral; la Roma del Circo, que hoy se convertia en bosque para cazar en él miles de leones y panteras, y mañana se convertia en mar para dar en sus aguas representaciones vivas de combates navales; la Roma de las Carreras, cuyo premio se disputaban carros de marfil y oro, arrastrados por cuadrigas de cuyos arneses se desprendian corales y esmeraldas...

¡Pobre Roma de Augusto y de Tito!... ¿Qué ha pasado por tí que tal te encuentras?

Pues es muy sencillo: han pasado años.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

CONSULTANDO EL ORÁCULO, cuadro por J. W. Waterhouse

Entre las sacrílegas farsas de una religion fundada en las más absurdas supersticiones, la del oráculo se generalizó de tal suerte, que diez y nueve siglos de cristianismo no han bastado para destruirla del todo.

Hoy, empero, esa farsa se ha simplificado considerablemente.

Compárense las modernas profesoras de cartomancia con la pitonisa de nuestro cuadro, y la diferencia resalta á la simple vista.

Hay algo, empero, que resalta más, y es la imperdonable necesidad del público que acude á las sesiones del oráculo moderno.

Siquiera las sacerdotizas antiguas cuidaban de herir, de impresionar la imaginacion de sus devotos: las pitonisas de nuestros días lo fian todo de la incomprensible credulidad de sus clientes.

El caballo de oros ó la sota de bastos hablan á esa credulidad ni más ni menos que habló hace tres mil años la dorada cabeza del oráculo de Delfos.

Todo ha progresado en el mundo, todo... menos las tragaderas de los tontos.

SOLITA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuacion)

Esta blasfemia sólo era tolerable á un abuelo que estaba enamorado de su nieta, y para él, aunque buen cristiano, no existia otra ortodoxia que adorar á Solita.

Aurelio, por su parte, se sentia orgulloso de aquella discípula que le llamaba padre.

En las grandes reuniones de la aristocracia, donde llevaba con frecuencia á Soledad, siempre era recibida con un grito de entusiasmo.

Sus admiradores decíanse que Solita cantaba tan bien ó mejor que la Patti, y que si se dedicaba al teatro obtendria un éxito brillante y un gran porvenir.

Así las cosas, se dispuso un concierto en el teatro Real á beneficio de una de esas muchas calamidades que de algun tiempo á esta parte afligen á la pobre España.

Aurelio se comprometió á que su discípula, á quien habia dado su apellido y llamaba hija, cantara dos piezas, un aria de *La Africana* y un duo de tenor y tiple de *Los Hugonotes*.

Llegó la noche del concierto; el teatro Real se hallaba resplandeciente como acontece siempre que se dan cita en él la aristocracia de la sangre, de la banca y del talento.

Aurelio dirigia la orquesta; el pobre D. Antonio, á pesar de sus muchos años, quiso oír á su nieta, porque estaba seguro de su éxito; por complacerle se le permitió ocupar una silla en la orquesta.

Soledad salió á la escena con la desenvoltura, las elegantes maneras y la serenidad de una artista consumada.

Al verla tan hermosa, el público formuló una de esas exclamaciones que envían á la escena una oleada de felicidad y de gloria, tan grata siempre al corazón de los artistas que la reciben.

Cantó primero el duo de tiple y tenor de *Los Hugonotes*; su admirable escuela, su voz simpática, sus modales se apoderaron del público que la tributó una ovacion estrepitosa.

Tuvo que repetir el duo y la llamaron á escena diez veces.

Don Antonio, desde su silla de la orquesta, aplaudia, lloraba y reía, empleando todos los tonos propios del entusiasmo, del cariño, del amor y de la ternura.

—¡Sublime!... ¡divina!... ¡inimitable!... ¡Oh! es un ángel!... Nunca se ha oído nada mejor en este teatro.

Esto decia el pobre viejo, verdaderamente conmovido, á los profesores que se hallaban á su lado.

En cuanto á Aurelio, sentado en el sillón de director, pálido por la emocion y con la batuta en la mano, sentia circular por todo su sér una de esas satisfacciones que sólo experimentan los artistas á quienes aplaude el público con frenesí.

Un millonario, por muchos millones que tenga, no comprende estas emociones, pero un cantante, un músico, un poeta, un actor, las aprecian en lo que valen, aunque su destino sea vivir sobre la tierra careciendo de lo que le sobra al millonario.

Solita, en el aria, tuvo tanto ó más éxito que en el duo. El público, de pié, no se contentaba con aplaudir; la victoreaba tambien.

Soledad, desde la escena, con los ojos llenos de lágrimas y la boca llena de sonrisas, manifestaba su agradecimiento de un modo distinguido y elegante y sin ninguna de esas exageraciones rutinarias que desgraciadamente suelen verse en el teatro con frecuencia.

La escena se cubrió de flores, de coronas, y entonces Solita, cogiendo dos coronas, las que la parecieron mejores, y acercándose á la orquesta, le entregó una al maestro Valflorido y otra al viejecillo profesor de violin, don Antonio Escudero.

Este rasgo de cariño filial, dedicado á sus maestros, electrizó al público que pidió á grandes voces que se presentaran en escena.

Aurelio se levantó trémulo de felicidad y saludó á los espectadores desde su sillón; el pobre viejecillo se levantó tambien, pero tan conmovido estaba, que tuvieron que sostenerle de los brazos dos de sus compañeros.

—Ahora, ahora deberia morirme,—murmuró el viejecillo apretando la corona, que le habia dado Soledad, sobre su pecho.

Al día siguiente todos los periódicos de Madrid colocaron á Soledad Valflorido al lado de las primeras tiples de Europa, augurándola un brillante porvenir si se dedicaba al teatro.

En el comedor de la casa de la calle de Isabel la Católica se hallaban almorzando Aurelio, D. Antonio y Solita. Habian leído muchos periódicos y hablaban, como era natural, del triunfo alcanzado la noche pasada.

—Hija mia;—dijo el maestro Valflorido—los aplausos, los bravos, las coronas y las flores de anoche y los periódicos de hoy acreditan que eres una esperanza artística. Si te gusta la gloria, el teatro es tu templo.

—Ah, padre mio, á V. y á mi abuelito lo debo todo, porque Vds. con tanta paciencia, con tanta perseverancia como amor, me han enseñado lo poco que sé. Si he de decir lo que siento, si he de confesar la verdad, confesaré que anoche fui verdaderamente feliz sobre la escena y no me disgustaria seguir la carrera.

—Pues bien, serás cantante, pero para eso es preciso que vayamos á Italia y que hagas tu *debut* como tiple en teatro de la Scala y que te perfecciones en la hermosa lengua del Dante.

—¡Oh! gracias, padre mio, gracias; es V. el mejor de los hombres,—exclamó Solita dando expansion á su entusiasmo.

Pero en aquel instante observó que su abuelo habia dejado de sonreírse y se ponía triste.

—Tengo una exigencia,—añadió.

—¿Cuál, hija mia?

(Continuará)

LOS MARES

El Océano, esa enorme masa de agua que se extiende sobre las tres cuartas partes del globo, poco más ó menos, y cuyo nombre despierta tantos recuerdos y pensamientos, tiene una importancia muy notable en la economía de la naturaleza. Barrida por los vientos, su vasta superficie absorbe sin cesar los gases nocivos que flotan en la atmósfera y sepulta en su seno los restos que llevan las corrientes, devolviendo luégo las aguas purificadas, bajo la forma de vapores que caen sobre la tierra resolviéndose en lluvia, en nieve ó en rocío. Estas aguas vuelven al Océano por los canales de los rios, y así se establece ese círculo eterno, perpetuo, ese viaje sin fin merced al cual siempre sirven aquellas para mantener y renovar la vida orgánica en el globo, proporcionando al mismo tiempo el comercio de los pueblos que no están separados sino en apariencia, pues los caminos marítimos son hoy más importantes que los de tierra.

Uno de los rasgos más característicos del mar, es su continuidad, y exceptuando algunos depósitos interiores, abandonados en medio de los continentes, tales como el mar Caspio, el mar Muerto, etc., puede decirse que el mar es uno é indivisible.

La profundidad media no se conoce con exactitud: seria difícil explicar ciertos fenómenos que se observan en el movimiento de las mareas sin admitir que aquella es cuando menos de siete kilómetros, pues si bien es verdad que muchos sondeos ejecutados en alta mar dieron resultados inferiores á ese límite, otros le dieron en cambio mucho mayor, y en ciertos casos, doce ó quince kilómetros de la cuerda de sonda han desaparecido en el agua sin que se tocara el fondo. Admitiendo que seis y medio kilómetros representan por término medio la profundidad del Océano, Sir Juan Herschel ha calculado que el volumen de sus aguas excede de tres millones de miriámetros cúbicos, y que su peso total es de tres millones de trillones de toneladas (1); de modo que este peso total representa la 2000ª parte de la masa de la tierra.

El color del mar varía mucho, al ménos en apariencia: segun el testimonio de un gran número de observaciones, el Océano, visto por reflexion, presenta un tinte azul de ultramar, ó azul muy vivo; cuando el aire es puro, la superficie tranquila de las aguas tiene un color más brillante que el del cielo, pero cuando este se encapota, las olas adquieren un color verde oscuro, sobre todo si el mar está agitado. Al ponerse el sol, la superficie líquida parece iluminarse con visos de púrpura y esmeralda.

Es tambien de notar el magnífico fenómeno de la *fosforescencia del mar*, que se manifiesta con frecuencia en el Océano Indico, en el golfo de Suecia, en el de Arabia, etc.

Este fenómeno es debido á la presencia de una multitud de moluscos y zoófitos que brillan con su luz propia; esos seres emiten un flúido tan susceptible de expansion, que cuando nadan dejan sobre el agua rastros brillantes que se extienden con suma rapidez. Uno de las más notables de esos animalillos es una especie de *Pyrosoma* que tiene la forma de una bolsa mucosa, de una pulgada de longitud, y la cual, arrojada sobre el puente de un buque, despide tanta luz como un hierro enrojecido.

El agua del mar es esencialmente *salada*, es decir, que contiene un gran número de sales minerales y algunos otros compuestos, los cuales la comunican un gusto desagradable, impidiendo que pueda utilizarse para los usos económicos. En ella se encuentran todas las materias solubles que se hallan en el globo, pero principalmente el cloruro de sodio, ó sal marina, y los sulfatos de magnesio, de potasa y de cal. El agua del mar contiene más de 3 por 100 de su peso de materias disueltas, y á continuacion podrán verse los análisis exactos de ella. El que se hizo con cierta cantidad recogida en el Havre en 1847, dió el siguiente resultado por un litro de agua:

Cloruro de sodio	25,704	gramos
Id. de magnesio	2,905	»
Sulfato de magnesio	2,462	»
Id. de cal	1,210	»
Id. de potasa	0,091	»
Carbonato de cal	0,132	»
Silicato de sosa	0,017	»
Bromuro de sodio	0,103	»
Id. de magnesio	0,030	»
Oxido de hierro, carbonato y fosfato de magnesio y óxido	Vestigios.	
TOTAL	32,657	gramos

El agua del Mediterráneo está más cargada de sales que la del Océano: hé aquí cuál es, segun el químico M. Usiglio, la composicion de un litro de agua del primero de estos mares:

Cloruro de sodio	29,524	gramos
Id. de potasio	0,405	»
Id. de magnesio	3,219	»
Sulfato de magnesio	2,477	»
Cloruro de calcio	6,080	»
Sulfato de cal	1,557	»
Carbonato de cal	0,114	»
Bromuro de sodio	0,356	»
Peróxido de hierro	0,003	»
TOTAL	43,735	gramos

Segun la cantidad de sal marina contenida en un litro de agua del Océano, se deduce que si se extendiese en el globo la que hay en todos los mares, formaria una capa de más de diez metros de altura.

El agua del mar es más densa que la dulce, y se ha observado que es ménos salobre hácia los polos que bajo el Ecuador, y mucho más, por lo general cuanto más lejana está la

(1) Una tonelada pesa mil kilogramos.

tierra y mayor es la profundidad; notándose asimismo que los mares interiores, tales como el Báltico, el mar Negro, el mar Blanco, el de Mármara y el Amarillo, tienen las aguas menos saladas que las del Océano, debiéndose exceptuar de la regla el Mediterráneo, según lo dicho antes, pues este último tiene más sales que el Océano. Semijante diferencia se explica, admitiendo que la cantidad de agua dulce que le llevan los ríos, es inferior á la que pierde por la evaporación, y es probable que el Mediterráneo vaya siendo cada vez más salobre á no ser que desagüe en el Océano por una contra-corriente dirigida de Este á Oeste, debajo de la que viene del Atlántico por el estrecho de Gibraltar.

El mar Negro, cuyas aguas no tienen sino una densidad de 1'013, recibe por el contrario de los ríos más agua dulce de la que abandona en forma de vapores; las aguas del Océano son doblemente saladas que las de este mar.

El mar de Azoff y el mar Caspio lo son mucho menos que el mar Negro.

En los lagos cerrados que no tienen salida alguna, como el mar Muerto, el de Aral, etc., las aguas son mucho más saladas, y numerosos experimentos han demostrado que las del primero tienen seis veces más sales que las del Océano, siendo su composición la siguiente:

Cloruro de sodio.	110,03	gramos
Id. de potasio.	1,06	»
Id. de magnesio.	16,96	»
Id. de calcio.	6,80	»
Sulfatos de sosa, de magnesio y de cal.	2,38	»
Carbonatos terrosos.	9,53	»
Silice y materia orgánica.	2,00	»
Bromuro azoado y óxido de hierro.	Vestigios	
TOTAL.	148,71	gramos

MM. Boutron y O. Henry han verificado este análisis después de la estación de las lluvias, en el mes de abril de 1850, haciendo el experimento á unas dos leguas de la embocadura del Jordán; su densidad era entonces de 1'10.

Nuevos análisis del agua del mar Muerto, hechos en el mes de abril de 1862, cerca de la embocadura del Jordán, por M. Roux, han dado doscientos gramos de sales por litro, resultando que ningún agua mineral, si se exceptúa la del lago salado de Utah, se halla tan cargada de sustancias salinas. La cantidad de bromuro de magnesio es de 0,35 por litro, y según esto, el agua del mar Muerto podría considerarse como el más rico yacimiento natural de bromuros, que suministraría estas sales con abundancia á la medicina.

Las aguas del gran lago de Utah y las del lago Ourmiah, en Persia, son extraordinariamente salobres, y en este último, así como en el mar Muerto, la proporción de sales es seis veces mayor que en la del Océano, de tal modo, que puede sobrenadar un hombre sin hacer el menor movimiento.

Muchos de nuestros lagos de agua dulce eran probablemente salados en un principio, pero han ido perdiendo poco á poco esta cualidad por la mezcla de sus aguas con las de los ríos que los atraviesan.

El Océano Pacífico y el mar de las Indias están sembrados de islas en vía de formación, que deben su origen á los políperos y á los corales. Todos estos zoófitos retiran de las aguas del mar la cal y la sílice que se encuentran en el estado de sales solubles; para crecer y desarrollarse necesitan estar constantemente bañados por las olas, y producen sin cesar depósitos calcáreos, los cuales se acumulan rápidamente, acabando por elevarse hasta flor de agua. Entonces es cuando los restos de toda especie, arrastrados por las aguas y detenidos por aquellas masas emergidas ó islotes nacies, se depositan en ellos y los cubren de una capa de tierra fértil donde no tarda en desarrollarse la vegetación, gracias á las simientes que



Al salir de la iglesia

el mar y las aves transportan más tarde. Así es como se forman en el Océano Pacífico las islas de coral.

Sucede casi siempre que las partes más elevadas de los islotes de coral que van surgiendo simultáneamente, se reúnen y forman un círculo anular cuyo centro es un pequeño lago, en el cual se encuentra un gran número de conchas que producen las perlas y el nácar.

Con el tiempo se va ensanchando esa faja lateralmente; las aberturas por donde entraban las aguas de las lagunas interiores se cierran, y cuando el pequeño lago se ha cegado ó secado, la isla toma poco á poco el aspecto de las ordinarias.

M. Darwin ha hecho una descripción muy interesante de los islotes de la Sonda, y tomaremos de ella algunos detalles acerca de sus formaciones extraordinarias.

Creíase en otro tiempo que la estructura circular de los arrecifes de coral era debida á los antiguos cráteres volcánicos, bajo los cuales elevan sus edificios los políperos. pero esta teoría no está de acuerdo con los hechos, y por lo general es difícil creer en la existencia de un levantamiento volcánico del terreno, considerándolo como base de las formaciones madreporicas, pues los políperos no pueden vivir á poca profundidad del agua, y no es admisible que el fondo del mar se haya elevado hasta llegar á semejante nivel, uniforme en todas partes. Es por lo tanto más probable que los cimientos de las islas de coral no sean sino levantamientos naturales del fondo del mar, montañas sumergidas y poco distantes del nivel del agua, de las que toman posesión los políperos para construir sus edificios.

Lo que hay de singular en esto, es que las barreras de coral que bordean las costas se halla siempre separadas por un gran canal, análogo á las lagunas de los islotes, y de uno á veinte kilómetros de anchura. En la isla de Borabora, la barrera se transforma en tierra, pero la línea blanca de las enormes rompientes, donde se hallan diseminados aquí y allá pequeños islotes bajos, coronados de cocoteros, separa el sombrío Océano de la plácida superficie del canal interior, cuyas límpidas aguas bañan las tierras de aluvion, cubiertas de una rica vegetación tropical. Esa faja matizada se extiende al pié de las agrestes y escarpadas montañas del centro.

El vulgo, y también muchos sabios, se han preguntado con frecuencia, sin encontrar una contestación satisfactoria, de dónde proviene la sal disuelta en tan grandes cantidades en el Océano, ó en otros términos, en qué consiste que sean salobres las aguas del mar.

En los primeros tiempos de nuestro planeta, ántes que los vapores de agua contenidos en la atmósfera primitiva se hubieran condensado y comenzaran á caer en lluvias hirvientes sobre el globo, la costa terrestre encerraba una variedad infinita de materias minerales heterogéneas, solubles las unas en el agua é insolubles las otras, y cuando esas lluvias cayeron por la primera vez sobre la abrasadora superficie de nuestro planeta, las aguas se apoderaron de todas las sustancias solubles, acumulándose después en las grandes depresiones del terreno. Hé aquí cómo empezaron á formarse los mares del globo pri-

mitivo, que no eran otra cosa sino las aguas pluviales reunidas en una vasta cuenca, que tenían en disolución todo lo que la tierra, lavada por las lluvias, les había cedido. La sal marina, los sulfatos de sosa, de magnesia, de potasa, de cal, la sílice en estado de silicato, y en una palabra, todas las materias solubles que nuestro globo puede producir, formaban el contingente mineral de las aguas. Si se reflexiona ahora que desde los tiempos geológicos hasta nuestros días no ha cambiado nada en las leyes generales de la naturaleza; si se considera que las sustancias solubles contenidas en el agua de los mares primitivos han permanecido en ellos porque no son volátiles, y que el agua dulce de los ríos reemplaza constantemente á la que desaparece en vapores del seno de los Océanos, se explicará fácilmente la causa de ser salobres las aguas del mar. Sencilla es por demás esta teoría, pero no la hemos encontrado formulada en ninguna parte. El

cloruro de sodio no es, en efecto, la única sustancia disuelta en el agua del mar, pues en esta se encuentra á la vez una infinidad de sustancias minerales, ó mejor dicho, todas las sales solubles del globo, así como también los metales, aunque en dosis infinitamente pequeñas, según hemos dicho ya, lo cual debía ser necesariamente así si se consideran las sustancias salinas del mar como el producto de la lixiviación general del globo, operada en los tiempos geológicos. Si el pedagogo Jacotot ha podido decir: *Todo está en el todo*, nosotros también diremos, pero más concretamente: Todo lo que es soluble se encuentra en el mar.

La configuración del fondo del mar es aún muy poco conocida, pero se puede suponer con bastante motivo que no difiere en mucho de la de los continentes, pues el mar puede considerarse como uno de estos sumergido, y por lo tanto, su cuenca debe tener valles, mesetas y altas montañas cuyas cimas forman islas. Todo induce á creer que el mar tiene una profundidad prodigiosa en los parajes cercanos al polo Sur, y algunos sondeos aislados confirmarían esta opinión si se pudiesen considerar como exactos. El capitán Ross ha dejado bajar el plomo á los 68° de latitud Sur, hasta la profundidad de cuatro mil brazas (siete mil trescientos metros), sin alcanzar el fondo; el capitán Denham, del buque inglés el *Heraldo*, lo encontró á catorce mil metros en el Océano Atlántico meridional, y por último, el teniente Parker, de la fragata americana el *Congreso*, echó la sonda en los mismos parajes, y dejó bajar el plomo á la profundidad de cincuenta mil piés ingleses (quince mil doscientos cuarenta metros) sin hallar fondo alguno.

Se pregunta con frecuencia que para qué sirve sondear las grandes profundidades, pero á esto se podría contestar como Franklin al hablar del descubrimiento de los globos aerostáticos: *¿De qué puede servir el niño que acaba de nacer?* Cada hecho físico es interesante por sí mismo; forma un eslabon destinado á reunirse más pronto ó más tarde con otros para conducirnos al descubrimiento de alguna verdad útil, y por lo que hace á la importancia de los trabajos hechos con la sonda, se han tocado ya los beneficios respecto á la colocación de cables submarinos, y sobre todo, á la inmersión de los diferentes cables trasatlánticos.

En el fondo del Atlántico hay una meseta notable, que se extiende desde el cabo Raz, en Terranova, hasta el cabo Clear, en Irlanda, en una distancia de tres mil kilómetros de longitud por setecientos de anchura, y la profundidad se calcula por término medio en tres ó cuatro kilómetros. En esa *meseta telegráfica*, como se la ha llamado, fué donde se depositó en 1858 el gran cable trasatlántico, y habiéndose explorado la superficie repetidas veces con la sonda de Brooke, reconocióse que el fondo del mar se compone principalmente de conchas microscópicas calcáreas (*Foraminíferos*), y de un escaso número de conchas síliceas (*Diatomacea*). Unas y otras, muy delicadas y frágiles, forman espesas capas en el fondo del mar, y el haberse recogido con la sonda una infinidad de ellas en estado de perfecta conservación, prueba que el

agua está tranquila en aquellas profundidades.

El percance que se experimentó en 1858 al poner el cable telegráfico submarino trasatlántico, no se debe achacar por lo tanto á la agitacion de las olas, sino á las corrientes de induccion producidas por el contacto de la armadura metálica del cable, compuesta de alambres de hierro y de cobre, destinados á dar paso á la corriente.

La primera exploracion de la meseta telegráfica fué emprendida por el brik americano el *Delfin*, que echó las sondas de cien en cien millas hasta la costa de Escocia, dirigiéndose despues hácia las Azores, al norte de las cuales se encontró el fondo á dos mil metros, mientras que al sur de Terranova se hallaron más de cinco kilómetros de profundidad.

Se ha creído durante mucho tiempo que el nivel del mar Rojo era más elevado que el del Mediterráneo, y que el del Océano Pacífico en Panamá, tiene un metro más de altura que el nivel medio del Atlántico en Chagres, asegurándose asimismo que en pleamar, la diferencia es de cuatro metros y de dos en la marea baja, pero se ha provado evidentemente que es un error, por lo que hace á la diferencia de niveles del mar Rojo y del Mediterráneo, y las mediciones efectuadas para la apertura del istmo de Panamá prueban que se habia incurrido tambien en una equivocacion respecto al Océano Pacífico y al Atlántico.

La temperatura media en la superficie del mar difiere muy poco de la del aire mientras las corrientes no ejercen su influencia perturbadora, mas parece que en los trópicos, la superficie del agua tiene más calor que el ambiente.

Las corrientes que surcan el mar ofrecen un contraste notable con la inmovilidad de las aguas cercanas; son una especie de rios caudalosos, de una anchura determinada, cuyas orillas están formadas por las aguas en reposo, y cuyo curso es á veces muy visible, gracias á los restos de las algas y de otras plantas acuáticas que arrastra la corriente.

La corriente equinoccial del Pacífico atraviesa el Gran Océano en toda su longitud, y despues se bifurca delante de la costa de Asia; su brazo más pequeño se dirige hácia el Norte, donde encuentra la corriente polar que desciende por el estrecho de Behring, y luego vuelve por la costa de Méjico. El brazo más considerable se desvia en direccion al Sur y da la vuelta á la Australia, pero aquí se encuentran una ó más contra-corrientes que vienen del mar de las Indias, las cuales son muy peligrosas, segun aseguraron Cook y La Peyrouse.

Las aguas frias del polo Antártico son llevadas hácia el Ecuador por tres grandes rios oceánicos: el primero se divide á los 45°, y un brazo va á doblar el Cabo de Hornos, mientras que otro (*la corriente de Humboldt*) remonta la costa de Chile hasta el Ecuador, y templá el cálido clima de aquella república y del Perú; una segunda corriente, muy considerable, se dirige por el Cabo de Buena Esperanza, del cual se separa para subir á lo largo de las costas orientales y occidentales de Africa.

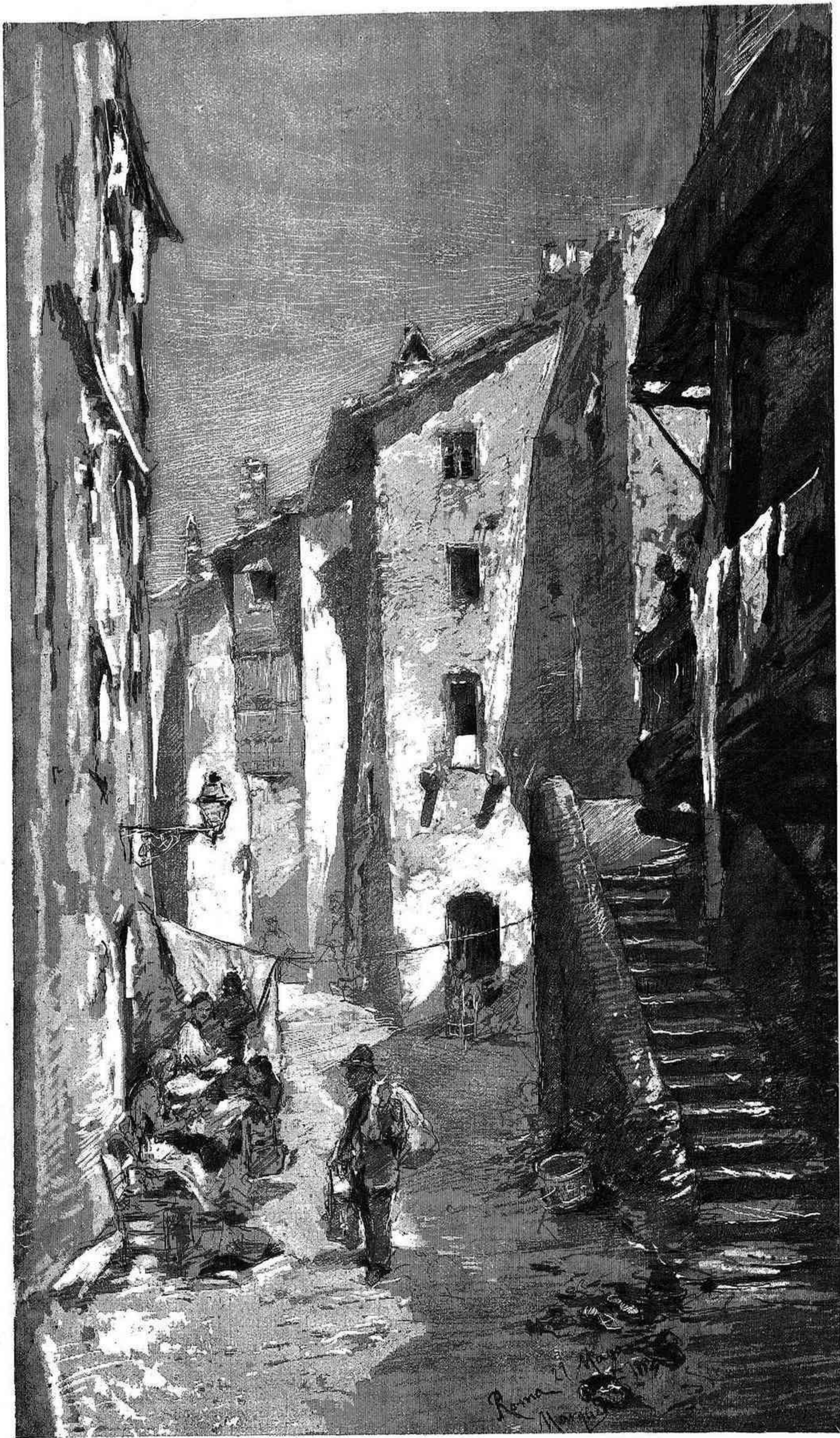
ferior.

En el mar de las Antillas se puede á veces amarrar un buque por el mismo medio en el centro de una corriente.

En el Sund se ha reconocido desde hace mucho tiempo una doble corriente superior é inferior.

En otro artículo trataremos de desarrollar la teoría de las mareas.

A. A.



UN RECUERDO DE ROMA, dibujo por Marqués

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicacion de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprension de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentacion*, 2 tomos.—*Escultura y Gliptica*, 1 tomo.—*Pintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOFENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicacion será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON